**LA SOCIEDAD LÍQUIDA**

Queridos diocesanos:

He sido invitado recientemente a impartir una conferencia sobre “El compromiso vocacional y la sociedad líquida”. A media que iba avanzando en el estudio y la preparación de la conferencia, descubría los entresijos de esta sociedad en la que vivimos y a la que el sociólogo polaco de origen judío Zygmunt Bauman calificó como *sociedad o modernidad líquida.* En el libro La modernidad líquida afirma: “Consideremos que la “fluidez” o la “liquidez” son metáforas adecuadas para aprehender la naturaleza de la fase actual –en muchos sentidos nueva– de la historia de la modernidad”… “La “disolución de los sólidos”, el rasgo permanente de la modernidad, ha adquirido por lo tanto un nuevo significado, y sobre todo ha sido redirigida hacia un nuevo blanco: uno de los efectos más importantes de ese cambio de dirección ha sido la disolución de las fuerzas que podrían mantener el tema del orden y del sistema dentro de la agenda política” (Z. Bauman, La modernidad liquida. 2016).

Efectivamente, si somos un poco observadores de los acontecimientos sociales que suceden a nuestro alrededor nos daremos cuenta de que los principios y valores en los que se fundamentaba la sociedad moderna se están licuando en la sociedad que llamamos posmoderna. El ansia desmedida de libertad sin tener ninguna responsabilidad, el individualismo en el que nos encierran las máquinas y aparatos cibernéticos de última generación, el consumismo al que nos invita la moda y la publicidad propician un derrumbe de aquello que en otra época servía a la persona para sostenerse en pie y dar sentido a su vida. El resultado de todo esto es la incertidumbre, la inseguridad y la desprotección que genera una angustia aguda y dolorosa en las personas.

Por otra parte, la precariedad del trabajo, el desempleo estructural, la inestabilidad de la institución de la familia, la movilidad de las personas que emigran buscando una nueva vida, propician una falta de identidad en las personas. Si no sabes a qué familia perteneces por las sucesivas rupturas, si no tienes claro a qué podrás dedicarte como profesional, si además no tienes referencia de un pueblo o barrio donde se establecen las relaciones de vecindad y amistad, al final, te encuentras sin saber quién eres, solo y lleno de miedos que te impiden tomar decisiones estables y duraderas. En estas circunstancias es muy difícil afrontar, por ejemplo, el compromiso vocacional, sobre todo en los jóvenes que son quienes más padecen esta situación de inestabilidad e incertidumbre.

La presente situación se parece mucho al pasaje del evangelio en el que Jesús se acercó a los discípulos cuando estaban en el lago de Tiberíades pescando y luchando contra las olas que casi hacían zozobrar la barca. Se presentó para ayudarles y mandó a Pedro ir hasta Él que caminaba sobre las aguas. Pedro se hundía por el oleaje y lleno de miedo gritó: “¡Sálvame que perezco!”. Al instante, Jesús le tendió la mano y le dijo: “Hombre de poca fe”. Considero que este pasaje del evangelio nos puede ayudar mucho para interpretar el momento presente. Como los discípulos en aquel entonces, los cristianos de hoy sentimos los ecos de la licuación de la sociedad dentro de la Iglesia. Sobre todo lo notamos en la secularización interna de la Iglesia, en el debilitamiento de la fe y del compromiso vocacional al sacerdocio a la vida consagrada y al matrimonio cristiano. Debemos afrontar la nueva situación desde la fe y la confianza en Jesús que, resucitado de entre los muertos envió el Espíritu Santo para llevarnos a la verdad plena. Esta confianza en Dios no nos puede dejar de brazos cruzados, llenos de miedo contemplando el desplome de muchos de los valores que dan fundamento a la existencia de la persona y de la sociedad. Todo lo contrario, la nueva situación tiene que ser un acicate para construir sobre la roca de Jesucristo los cimientos de una nueva sociedad.

Vuestro obispo.

† Juan Antonio, obispo de Astorga